Hegel y la historia de América

Entre 1830 y 1831, Federico Hegel expuso en su cátedra de la Universidad de Berlín la Filosofía de la Historia. Carlos, su hijo, al publicar la segunda edición de esas lecciones, cuenta cómo logró el profesor Gans reunir los materiales que, convertidos en un texto universal, han venido a ser una de las obras más influyentes en la política europea. Toda esa filosofía, leída por un latinoamericano, desconcierta. Tenemos dos puntos de referencia para ver cómo se aproximaban a nuestra realidad el primer filósofo del siglo, Hegel, y el primer naturalista, Humboldt. Hegel tenía muy presentes a los hermanos Humboldt, y así, su *Filosofía de la Historia* trae en la primera página un epígrafe de Guillermo, con cierto sabor imperial: «La historia del Mundo no es inteligible fuera de un gobierno del mundo». El otro, Alejandro, que anduvo por estos mundos desde Filadelfia hasta México, La Habana, Santa Fe, Caracas y Quito, hubiera podido suministrar una divisa muy diferente, sacada de unas experiencias muy distintas: la América española estaba madura para independizarse como la inglesa. Al hacer a Bolívar esta reflexión, le decía: «lo único que ocurre es que no veo quién la acaudille...» Alejandro, pues, veía dos mundos independientes. Su punto de vista era distinto al de su hermano.

El hecho histórico está en la fecha de las lecciones de Hegel. En 1830 se habían ya independizado de cuatro imperios europeos Estados Unidos, Haití, los países hispanoamericanos menos Cuba y Puerto Rico, y Brasil. Lo que estos desligamientos, después de trescientos años de coloniaje, pudieran significar para el mundo europeo, es cosa que deben juzgar, más que nosotros, los iniciadores de los imperios, que están todos en el Viejo Mundo. Lo notable es verificar en Hegel una ignorancia extensísima sobre el hecho americano, que coloca a la América que él ve en un plano no muy distinto del precolombino. Cuando él proclama que lo americano no forma parte de la historia universal, corta de un tajo las relaciones que han podido existir entre los dos hemisferios a partir de la penetración europea que comienza en cuanto Colón abre el camino. Y así se siente autorizado para hacer estas afirmaciones: «De América y su grado de civilización, especialmente en México y Perú, tenemos informaciones, pero que no importan sino como cosa enteramente nacional, que muere en cuanto se aproxima el español. América ha demostrado siempre en ella misma ser impotente física y psíquicamente, y así ha permanecido hasta hoy. En cuanto los europeos llegaron a América, los aborígenes fueron evaporándose al solo aliento de la actividad europea. En los Estados Unidos de Norte América todos los ciudadanos descienden de europeos, que no pudieron fundirse con los aborígenes: los fueron echando atrás. Los aborígenes cier-

tamente han adoptado algunos usos y costumbres europeos, entre otros el beber brandy, que les ha traído consecuencias mortales. En el sur los nativos fueron tratados con violencia mucho más grande, y empleados en trabajos tan pesados que exigían una fortaleza para la cual no estaban capacitados. Una disposición débil y desapacible, la falta de carácter y una sumisión pasiva frente a los criollos, y mayor frente a los europeos, son las características principales de los aborígenes americanos que están muy lejos de que logren los europeos hacer que nazca en ellos, el espíritu de independencia. La inferioridad de estos individuos en todo sentido, hasta en su propia estatura, es notoria; sólo cabe descontar una raza aislada como la de los de Patagonia en el sur, de naturaleza más vigorosa pero que todavía se mueven dentro de una condición de rudeza y barbarie. Cuando los jesuitas y el clero católico se propusieron iniciar a los indios en la cultura y costumbres europeas (como es bien sabido fundaron en el Paraguay un Estado y conventos en México y California) comenzaron a tener con ellos una intimidad más cerrada y les prescribieron las obligaciones de la vida diaria que, a pesar de su propia disposición, cumplían bajo el comando de los frailes. A media noche se tocaba una campana para que cumplieran sus deberes matrimoniales. Ante todo, se quería sabiamente, despertar la formación de deseos, despertar de modo general la actividad humana...» Etcétera.

Literatura que se diferencia poco de la diatriba escrita por Pauw, y que se entiende pueda encontrarse en los escritos políticos de plumíferos vulgares, pero sorprende cuando la adopta la eminencia del más distinguido entre los europeos. Con un agravante: Pauw escribió antes de que se sublevaran las colonias hispanoamericanas, y así no pudo saber ni de los levantamientos indígenas y campesinos ni del liderazgo asumido luego por los criollos, y Hegel lo hizo después de haber sido derrotados por ejércitos de descamisados los generales de Napoleón y de Fernando VII. Si esto no es historia, ¿qué es historia?

Hegel, ¿un precolombino?

En el plan de Hegel, destacándose lo de América, que coloca fuera del teatro del mundo, se ignora, además, a los europeos que emigran de su tierra en busca de algo mejor. La América que él tiene a la vista en 1830 no es, ciertamente, una creación de los aborígenes. Ya ellos, como población única, habían sido borrados del mapa. El siglo XIX se asienta en un Nuevo Mundo mestizo, en que tanto o más valen los blancos que escaparon de su hogar, como los de todos colores que han nacido o llegado, o por gusto o por fuerza, al Nuevo Continente. Hegel desconoce a Moctezuma y a Cuactemoc en particular y a los aztecas, los mayas, los incas, los chibchas en general. Pero, además, no quiere saber de Bolívar, San Martín u O'Higgins, sus contemporáneos. Hay una razón de orgullo detrás de este imperialismo filosófico... más profunda de lo que parece. En el principio de la emigración hubo en Europa dos hermanos. El uno, aprovechando que iban a eternizarse en sus manos el blasón, la casa, los privilegios, la tierra, los títulos... se quedó en su tierra... El otro, sin todas estas ventajas, ¡salió a la más grande aventura que en veinte siglos había tentado a un europeo!, abandonarlo todo, e irse a fundar casa nueva en un nuevo mundo. Hegel se queda haciendo historia con el holgazán de los privilegios, y en cuanto al otro... ¡que se largue!

Desde 1493 la emigración fue imponiéndose como el hecho social más notable en la vida europea. Sorprende que un filósofo no advierta cómo va formándose un Nuevo Mundo, de que comenzó a hablarse en los quinientos, con otra sociedad sin precedentes. Nunca antes el europeo había tenido la posibilidad de fundar casa nueva y en la otra orilla del océano. Cualquiera puede encontrar en el que abandonaba la casa vieja una capacidad de aventura imprevisible. A la era misma se la llama de los descubrimientos. Escoger al que no se arriesgaba como fundamento de la historia, hacerla sólo con el aferrado a lo tradicional, es no reconocer una protesta justa contra la sociedad estancada que dejaba sin oportunidades a la mayoría de los habitantes del Viejo Mundo. Hoy podemos realizar esta increíble falta de visión, verificando hasta dónde ha podido llegar el desplazamiento de los blancos. Hay en América más descendientes de españoles, ingleses, polacos, irlandeses, italianos, portugueses... que en sus países de origen.

Súmense a esto los judíos, los árabes... y los republicanos españoles, y los alemanes y rusos e italianos perseguidos. La incapacidad que Hegel atribuyó a América Latina, es una negación de la capacidad creadora de los emigrantes. ¿Podrían señalarse diez nombres de vascos de los que se quedaron en España o Francia, que lleguen a la grandeza de Bolívar en América? Suponía Hegel que el que se aventuraba a salir se encaminaba a ser nadie. ¿No se daba cuenta de en qué nivel más bajo hubieran vegetado hasta su muerte Cortés, Balboa, los Pizarros, Jiménez de Quesada, Hernando de Soto... si se quedan en su tierra cuidando puercos o enamorando jovencitas? Como simple teoría, la oportunidad de entonces estaba destinada a perpetuarse en una constante de la gran transformación a partir del XVI. Europa es un continente de naciones paradas que entonces echan a caminar. Claro que el XIX va a contemplar esto en proporciones colosales. Pero es notorio el número de españoles y portugueses que en tres siglos cambian de patria. A partir del segundo viaje de Colón, con 1.200 tripulantes.

De la colonia a la república

En todas las Américas, pero más en la hispánica, la inmigración se multiplica en cuanto se pasa de la colonia a la república. España, sobre todo, mantuvo hasta el último día la política de puertas cerradas para evitar que en sus posesiones se formaran colonias extranjeras, protestantes, judías, etc. La república abre la entrada y una ola de italianos y luego de todas las naciones, viene a poblar ciudades y campos. El mestizaje pasa a ser el factor dominante en la nueva sociedad. En Estados Unidos el fenómeno ocurrió de otra manera. La ley que imperó en la colonia fue la de la frontera, que dominó como institución de dos siglos. De la raya para adentro, los blancos; para fuera, los indios. Avanzaba la raya y los pieles rojas o se iban o los mataban. Los inmigrantes llegaban con sus hembras, y se perdió la oportunidad de mezclar sangres. En la parte hispánica hubo una caída vertical en la población nativa; la destrucción de las Indias, como decía el padre Las Casas, a la cual contribuyeron la explotación por el trabajo en las encomiendas, las enfermedades y hasta suicidios colectivos de los aborígenes. Pero a medida que se fue penetrando en el continente, los nuevos amos incluyeron dentro

de su capital de trabajo la mano de los nativos, que trataban de conservar por su valor real. Una de las consecuencias inmediatas fue el mestizaje.

Los blancos, en su proceso de adaptación, se beneficiaban con los cruces de sangre. El nativo estaba ya condicionado a la tierra, conocía sus secretos, lidiaba las enfermedades de su tierra con un conocimiento mayor de las yerbas. El mestizo lleva en su tradición dos conocimientos, dos mundos. Era el suyo un horizonte mayor y mejor aprovechado. Como había ocurrido en el Mediterráneo en la frontera con los árabes. Hoy mismo es notorio que en Estados Unidos se perdieron estas oportunidades cuando los europeos institucionalizaron la frontera e impusieron la separación. Hegel no vio estas cosas, dominado por un complejo de superioridad racial, en que se muestra discípulo de un crudo como Pauw.

Lo que ha ocurrido con las razas en América reproduce procesos que se remontan a las edades más antiguas y que explican la conquista de las diversas zonas geográficas. Se encuentran en los vegetales casos parecidos y lo mismo en la importación, para los ganados, de sementales que produzcan una descendencia con mayor número de cualidades y nuevo vigor. Recordemos que cuando la filoxera iba acabando con los viñedos de Champaña, se llevaron cepas de Nuevo México que hoy mismo son las que sirven de raíz a la vid que da el mejor vino del mundo. El caso del hombre en el trópico no es tan simple como lo tratan los apologistas de la raza aria. Un conocimiento mejor de las defensas del hombre en estos climas hace que zonas consideradas antes como las más mortíferas del planeta sean hoy tierras paradisíacas de vacaciones. Todo esto habría podido verlo en 1830 Hegel con un poco de imaginación y un estudio de la realidad que no hizo. La falla es grave cuando estaban publicándose los libros de un sabio alemán como Humboldt, que por su origen ha debido resultarle persona de confianza, pero a quien le cerró la puerta de su universidad. Son actitudes que traen como fatal consecuencia que nosotros, ahora, desconfiemos de las conclusiones del autor de la *Filosofía de la Historia,* y las veamos más bien como la historia de una filosofía personal.

El proceso de tres siglos de presencia de los europeos en América es, en sí, una historia. Apasionante, porque va a transformar el mundo, y porque crea una realidad inédita, del mayor interés para quien sepa mirar sin prejuicio estas cosas. Es lo menos que puede exigirse a un filósofo. Estas líneas que van a leerse, y que vienen reproduciéndose en los textos como una indulgente reflexión, dan la medida de los límites en que se mueve el pensamiento hegeliano en un campo que es nuestro: «América es la tierra del futuro, donde, en edades que están delante de nosotros, el peso de la historia universal puede revelarse —quizás por una competencia entre Norte y Sur América—. Es la tierra prometida para todos los que están cansados del histórico granero de la vieja Europa. Se cuenta que Napoleón había dicho, "esta vieja Europa me aburre". Toca a América dejar el terreno en que hasta ahora se ha movido la historia universal. Cuanto ha ocurrido hasta hoy en el Nuevo Mundo es sólo un eco del Viejo —la expresión de una vida ajena— y como tierra del futuro, aquí no tiene interés para nosotros, porque en lo que se relaciona con la historia, nos concierne lo que ha sido y es. Con respecto a la filosofía, de otra parte, tenemos que hacer con lo que, rigurosamente hablando, no es pasado ni futuro, sino con lo que es, lo que tiene una existencia eterna

—la Razón—; y esto es ya bastante para que lo consideremos. Descartado, pues, el Nuevo Mundo y los sueños que pueda despertar, pasamos al Viejo, escena de la Historia Universal».

Cuanto más se ahonda en la historia de América más claro se ve que nos movemos dentro de mundos diferentes. Cuando digo, para dar una definición, *América es otra cosa,* estoy recogiendo en cuatro palabras cinco siglos de la vivencia que se llama historia. En este hemisferio, para nosotros, la idea de libertad ha tenido desarrollos imprevistos, y la independencia llegado a las conclusiones más radicales. Hegel piensa que la independencia es una idea típicamente europea, como contribución del pensamiento germánico al desarrollo de la historia universal en su más ambiciosa perspectiva. Y al llegar a esa obra maestra de los de su raza, detiene la marcha del Sol. La historia del mundo —dice— se mueve de oriente a occidente, porque Europa es absolutamente el fin de la historia. Y Asia el comienzo. Fuera de lo arbitrario de este congelamiento de todo el proceso, con el uso de la palabra absoluto, que es de corte imperial, es manifiesta su intención de hacer que culmine la evolución del mundo en la perfección del espíritu, que para él es el soplo divino del ser germánico. Su presentación panorámica de la marcha del universo sigue este itinerario: el mundo oriental, el mundo griego, el mundo romano y el mundo alemán. Un proceso dialéctico que lo lleva a la síntesis perfecta. Primero es lo oriental contra lo cual se alza la antítesis romana, para llegar a la fórmula unificadora del espíritu germánico. Delirando con esta dialéctica que debe llegar al mundo parado en el dominio del espíritu, exclama con místico arrobo: «Podemos distinguir estos períodos como los reinos del Padre, del Hijo y del Espíritu...» La aparición del cristianismo sería, dentro del proceso de todos los tiempos, como un desarrollo ya apretado para preparar el último acto de la historia, en que primero sería reunir una masa informe de la humanidad que estaba destinada a propagar la buena nueva, luego la época de Carlomagno en que ya se fijan los contornos de una religión definida y por último la síntesis maravillosa de la Reforma, en el momento mismo de la aparición de América... Por este mágico camino se llega a algo que tiene más significación en la vuelta a Europa del espíritu germánico que en la salida de los europeos hacia la América, cosa que, para Hegel, carece de importancia, por no tener pasado definido. Son teorías aéreas que nos colocan fuera de lo que está pasando de 1492 a 1830... En América, con la independencia, se derrumban todos los imperios europeos, y Hegel piensa que independencia es un invento europeo... que no alcanzan a entender los americanos puros... Es una pena que el tema no se haya discutido en estos días de los quinientos años de América como lo propio y original de la vida americana. Nos independizamos de Europa, y punto. Porque éramos y somos otra cosa. Y para entender cómo se veía este movimiento de deslinde entre el Nuevo Mundo y el Viejo, no hay sino que leer en la *Enciclopedia* de Diderot y D'Alembert su definición. En *América en Europa* he precisado este caso léxico-gráfico, así: La *Enciclopedia.* ¿Reaccionaria? Si la *Enciclopedia* de Diderot y D'Alembert es la antesala de la Revolución Francesa y la culminación del Siglo de las Luces, sorprende el tratamiento que allí se da a la palabra «Independencia». No toma en cuenta su significado político. En cuanto al moral, rechaza la idea como arrogante atrevimiento del hombre que, al declararse independiente, desconocería la autoridad del gobierno, la obediencia debida a la ley, el

respeto que merece la religión. Si esta definición no encubre un disimulo, ¿en dónde está el espíritu de la revolución?

En este punto, la *Enciclopedia* sigue la corriente de todos los diccionarios contemporáneos europeos. Políticamente, el concepto de independencia sólo entra a tener vigencia el día en que América se emancipa. Entonces, y sólo entonces, pasa a ser el vocablo revolucionario, triunfalmente revolucionario, que nosotros conocemos. La chispa parte del Nuevo Mundo, por causas naturales. Europa conquistadora, dueña absoluta de sus colonias, es sorprendida de repente cuando descubre la actitud subversiva del pueblo que sacude el yugo extranjero. Semejante gesto no podían preverlo los monumentos lexicográficos. Cincuenta años después de publicada la *Enciclopedia* el mundo era ya de otra manera, y cuando pasen cincuenta años más y la idea de independencia se extienda de América a Asia y Africa, mundialmente quedará consumada la mayor transformación política de todos los tiempos.

Cada vez que en un diccionario inglés, francés, español, italiano, portugués... la palabra independencia entra a formar parte del lenguaje político aceptado en una lengua occidental, se refiere al caso de América. Un diccionario español hubiera tenido que ser profético, y de mal augurio, para hablar de independencia política antes de la emancipación de las colonias. En el *Tesoro de la Lengua Castellana* de Covarrubias (1611-1674) se ignora la palabra... Cuando el diccionario de la Academia Francesa la registra por primera vez, la explica diciendo: Guerra de Independencia de Estados Unidos. El italiano de Tommaseo de 1869, dice: Guerra de Independencia de Estados Unidos. En lengua inglesa, independencia quiere decir el caso americano, y *The Century Dictionary,* después de definirla como la liberación de un Estado al remover el control que otro ejerce sobre él, pasando a tener gobierno propio, la explica haciendo una síntesis de la Declaración de Independencia de Estados Unidos.

Todo esto, en el fondo, es obvio. Europa era el imperio, América la colonia. Mientras subsistiera tal estado de cosas, hablar en Europa de independencia era un absurdo, era anticipar el derrumbamiento. Pero leyendo la *Enciclopedia* de Diderot se va más al fondo. La misma independencia moral se encontraba inaceptable. Iba contra un orden vigente, que los propios amigos de Diderot no se atrevían a rechazar en la Summa de su ideología. Hoy nos parece reaccionaria —y lo es— esta página: «Independencia. La piedra filosofal del orgullo humano; la quimera tras la cual corre ciego el amor propio. El término que los hombres se proponen alcanzar siempre sin lograrlo jamás...» El ser humano, para los enciclopedistas, no es sino un anillo en la cadena cuyo último eslabón está en manos del Creador. Todo en el universo está sujeto: los cuerpos celestes dependen en sus movimientos unos de otros, la Tierra es atraída por otros planetas y a su turno los atrae, el flujo y reflujo del mar viene de la Luna, la fertilidad de los campos viene del calor del Sol, la humedad de la tierra y la abundancia de las sales... Para que una brizna de hierba crezca es necesario que en ello participe la naturaleza toda... Este encadenamiento en el orden físico se reproduce en el moral y en el político: el alma depende del cuerpo, el cuerpo del alma y de todos los objetos exteriores. ¿Cómo el hombre, integrado por estas dos partes así subordinadas, podría considerarse a sí mismo independiente? La sociedad dentro de la cual hemos nacido nos ha dado leyes que debemos obedecer, impuesto obligaciones que debemos llenar. Cualquiera que sea el rango

que ocupemos, la dependencia será nuestro destino... Sólo habría una especie de independencia a la cual podría aspirarse: la que da la filosofía. Pero la filosofía no libra al hombre en absoluto de todos sus vínculos: le conserva los que ha recibido de manos de la razón. No lo hace independiente en absoluto, queda siempre dependiente de sus obligaciones. Y por eso esa independencia no es peligrosa: no toca en absoluto a la autoridad del gobierno, ni a la obediencia debida a las leyes, ni al respeto que merece la religión.

Tan cauteloso discurso estaba destinado a quedar sin bases con el triunfo de la revolución americana. Condorcet puntualiza cómo la insurgencia al otro lado del Atlántico revolucionó el pensamiento europeo: «Se vio entonces, por primera vez, a un gran pueblo liberarse de todas las cadenas, y darse por sí mismo, tranquilo, la constitución y leyes que juzgaba propias al logro de su felicidad. Esta gran causa fue defendida ante el tribunal de la opinión, en presencia de toda Europa; los derechos del hombre fueron sostenidos con ardor y expuestos sin restricciones ni reservas en escritos que circularon con toda libertad desde las orillas del Neva hasta las del Guadalquivir. Todo esto penetró hasta en las regiones más sometidas, en los pueblos más atrasados, y los hombres que allí vivían quedaron admirados de oír que ellos tenían derechos, aprendieron a conocerlos, y supieron de otros hombres que habían osado reconquistarlos y hacerlos suyos. La revolución americana debía, muy pronto, extenderse por Europa».

Hegel se mueve dentro de un mundo cerrado a estas consideraciones. En 1830 América ya tiene un pasado que para nosotros es más historia que la revolución francesa, discutida y estudiada por él. Más aún: como revolución, la nuestra es más radical y multitudinaria. Fue una consecuencia de la emigración de los europeos que vinieron a construir en el otro lado del Atlántico un Nuevo Mundo. Éxodo único en la historia de Occidente. En la revolución de la Bastilla, el pueblo de París se moviliza para imitar un proceso americano: el de la república. Entonces, lo que se consideraba en Francia como Revolución, con mayúsculas, lo que publicaba la prensa de París, era la revuelta de Filadelfia. Este movimiento de los emigrados ingleses anunciaba un cambio profundo en las ideas filosóficas de Europa... Hegel no vio la raíz americana, como no vio en la proclamación de los derechos del hombre por la Asamblea Nacional una copia de la Constitución de Virginia. No detectó el hecho del fracaso mismo de la república en Francia que duró apenas de 1789 a 1795, cuando vino el Directorio, que rápidamente cedió el paso al Imperio. En América, no digamos la república de Estados Unidos, proclamada trece años antes que la de Francia, pero hasta la chiquitita de Colombia, proclamada como las del resto de la América española en 1810, lleva por el momento 178 años de existencia sin interrupción, cosa que para un prusiano como el profesor Hegel algo debería contar.

Son notorias del deficiencias del régimen democrático en nuestra América, pero ¿y en el resto del mundo? ¿Acaso hemos tenido nosotros interrupción de todas las libertades tan sangrientas como las de Hitler o Mussolini? Pensaba en 1830 Hegel que no valían una línea de su filosofía los nueve años de la república de Colombia pero si los cinco de la república francesa que pasó de la toma de la Bastilla al terror de Robespierre. ¿Era correcta su conclusión de que la constitución monárquica era la mejor de todas, cuando tenía a la vista la república de Estados Unidos, con más de medio siglo

de vigencia? Es notorio que América sólo tenía trescientos años de vida cuando Hegel enseñaba en Berlín, pero un proceso de tres siglos algo tiene que significar para quien formula una Filosofía de la Historia, y registra, para fundarla, cuanto ocurre en Europa en ese tiempo, ignorando únicamente lo que hacen los otros europeos que han emigrado, cansados de vivir las injusticias de Europa. Si hoy los hijos de los españoles o los portugueses o los polacos o los irlandeses en el Nuevo Mundo suman una población que sobrepasa a la de los hijos de los mismos abuelos en Europa, hay que concluir que lo que está ocurriendo en el otro lado del Atlántico no es detalle sin importancia. Cuando Hegel dice que América sólo será, cuando en ella se imponga el espíritu germánico que está iluminando la pantalla europea, cierra los ojos ante la evidencia de que los emigrantes que masivamente están saliendo del Viejo Mundo hacia el Nuevo se marchan porque son la antítesis beligerante de lo que dialécticamente deja allá.

La idea de independencia, que para Hegel es emanación de la libertad espiritual que orienta a los alemanes a partir de la Reforma, nosotros la encontramos como un ideal o pasión íntima en los rústicos campesinos ibéricos que se lanzan a colonizar en América para liberarse de las leyes españolas. Es duro enfrentar esta ideología bárbara de los humildes a la arrogante superioridad de un profesor de Berlín, pero cuando se llega al comienzo de la guerra de independencia en la América hispana nadie por acá se va a buscar su arrolladora dinámica en el mundo alemán que tuvo sus caudillos en Venezuela con Ehinger, Federman o Hehermuth en el siglo XVI. Lo que ellos traían en sus corazas nada tiene que ver con la filosofía de Hegel. El despertar más notable de la independencia en el mundo es un caso que se produce en América. Desligarse de los cuatro imperios más grandes de los últimos cinco siglos es algo tan extraordinario que por sí solo da materia para un libro más denso, más extenso que el de la historia salida de las clases de Berlín. Cuando he dicho que América es el continente de la emancipación europea, no he inventado una novedad, sino registrado un hecho de comprobación elemental. Aquí tuvieron que emanciparse ingleses, alemanes, españoles o portugueses, por encontrar en este continente el único lugar del mundo en donde estas cosas son posibles. Cuando la Ilustración en Europa, América era sólo esa palabra atrevida que condenaban los de la *Enciclopedia* francesa. Con la idea americana de la independencia se hizo la emancipación de Polonia con caudillos como Polaski y Kosciuzko formados en Norte América o la de Italia con Garibaldi formado en Sur América. Pero que se oiga bien: desde el siglo XVI ya los españoles emigrantes traían la idea de emanciparse en la mente. Y no es raro que así como Washington y Jefferson nacieran en el Nuevo Mundo en hogares de emigrantes, lo mismo ocurriera con Bolívar, San Martín, O'Higgins o José Martí, nombres todos que forman parte de una nueva historia universal, acéptelo o no la ciencia de los historiadores del Viejo Mundo.

La discrepancia que tendríamos con el libro de Hegel llega al origen mismo de las palabras, empezando por la expresión Nuevo Mundo, que en nuestra lengua americana tiene un significado radicalmente opuesto a estas palabras del profesor de Berlín: «El Espíritu Alemán es el Espíritu del Nuevo Mundo...» El Nuevo Mundo, como protesta, se construye en América, y es la rebelión más a fondo que se haya expresado para buscar un nuevo espíritu de las leyes. La filosofía se escribe apoyándola en hechos, y los hechos toman una proyección inesperada cuando los hombres se sienten libres en

América. Está en lo justo el profesor alemán cuando dice que «la historia del Mundo no es otra cosa sino el desarrollo de la idea de libertad», palabras de indiscutible belleza y hermosura que podrían complementarse con éstas de Simón Bolívar: «La libertad de América es la esperanza del Nuevo Mundo». Es notable que un guerrero americano haya podido proyectar en otra dirección el pensamiento que el mismo profesor equivocó de blanco.

Hay un momento en la formación de las ideas políticas en que, por independizarse, todos dieron la vida. Es tan notorio el caso de estas guerras unidas como no las ha conocido Europa, que no verlo equivale al volverle la espalda a la realidad.

Con una agravante. Lo americano tiene el ingrediente indígena y el de la sangre europea. Los Washingtons y Bolívares y San Martines y O'Higgins... hasta Martí, son hijos de familias tan europeas como la de Hegel. En Norte América se forman los generales que acaudillan la liberación de Polonia y en Sur América Garibaldi, el abanderado de la independencia italiana. Si lo que entusiasma al historiador europeo es la guerra, pues que tome nota de una que se extiende a todo un continente y en que salen derrotados los ejércitos ingleses, franceses y españoles que combatían contra la independencia americana. El caso más conmovedor es el de Haití, donde los negros que habían vendido sus hermanos a los ingleses, para que los ingleses los revendieran en el Caribe, se alzan y acaban derrotando al más famoso de los emperadores, Napoleón, que con solo un decreto personal había borrado la liberación de los esclavos proclamada en Puerto Príncipe.

La gran dificultad que tiene un historiador iberoamericano para contradecir a Hegel está en que la mentira de su *Filosofía de la Historia* es de tal magnitud que aplasta y confunde. Trajo Europa al Nuevo Continente la dependencia. Es de la esencia de su régimen colonial el privar a los súbditos del derecho a gobernarse. Por eso el movimiento de contradicción y rebeldía en todo el continente, se llama de independencia y es de nuestra invención. Ahora el sabio dice que esta es cosa de los blancos de su tierra... Entonces ¿de quién nos independizamos? Cuando se lee en las primeras crónicas de la conquista los suicidios masivos de indígenas que preferían arrojarse por los despeñaderos antes que quedar bajo lo que ellos entendían como un yugo inadmisible, esos analfabetos rústicos estaban dándole una respuesta anticipada al profesor de Berlín, cuya filosofía debemos ignorar por cuanto, con los ejemplos que da, viene a poner en posición inestable la belleza original del mecanismo dialéctico. Tal vez no haya otro punto más seductor para el estudio del descubrimiento de América a quinientos años de 1492, que este de ir hacia el encuentro de nuestra identidad por los caminos de nuestra independencia. Lástima grande que no nos acompañara en esta exploración el hombre más sabio del mundo alemán.

Germán Arciniegas